



Capítulo 46

Básicamente, las reuniones periódicas de Blue Moon suelen terminar sin incidentes especiales.

La reunión anterior se prolongó considerablemente debido al arrebató de Deus en respuesta a la pregunta de Seolrang, pero eso fue solo una excepción.

Una vez que todos, excepto Deus y Yutia, interiorizaron la idea de que había ciertas preguntas que nunca debían hacerle a Deus, se pudieron evitar esas excepciones.

Aunque Deus, que normalmente permanecía en silencio, ocasionalmente hablaba cuando se mencionaba el tema de la Gran Luna, esas conversaciones ya no se prolongaban.

Esto se debía a que Rine y Radan siempre desviaban la conversación.

Por lo tanto, la reunión de hoy debería haber transcurrido pacíficamente, a diferencia de la anterior, y gracias a sus esfuerzos, se esperaba que concluyera en menos de veinte minutos.

[Por cierto, Seolrang, esa persona dijo que iba a ir a la colonia esta vez, ¿te reuniste con él?] Yutia le preguntó a Seolrang.

[¡Me voy a casar con Gran Luna!]

[¿Qué?]

Eso fue antes de que Seolrang respondiera.



Al principio, el ambiente no era tan malo.

Los demás miembros de Blue Moon sabían que Seolrang a veces utilizaba expresiones exageradas, y Yutia pensó que solo se trataba de uno de esos momentos.

Pero entonces...

[Esa persona es realmente maravillosa. No me extraña que le guste a Seolrang].

[¡Exacto! ¡Por eso me voy a casar con él!]

En ese momento se dieron cuenta de que Seolrang no estaba exagerando, sino que hablaba en serio.

[...¿De qué estás hablando?]

El rostro de Yutia, normalmente tranquilo en cualquier circunstancia, se endureció de repente, y los demás miembros de la organización contuvieron la respiración al verlo.

Configuración de privacidad

Todos los presentes en la reunión sabían exactamente cuándo su expresión y su tono darían ese giro.

«Se está conteniendo».



«Realmente se está conteniendo».

«Lo está conteniendo».

Deus, Radan y Rine percibieron inmediatamente el estado de ánimo de Yutia y retrocedieron.

Aunque solo se trataba de una reunión virtual mediante proyección mágica, instintivamente sabían lo aterradora que podía llegar a ser Yutia cuando se enfadaba.

Pero los tres asumieron que esta tormenta pronto pasaría.

Seolrang conocía bien a Yutia y también le temía.

Sin embargo.

[¡Lo digo en serio! ¡Me voy a casar con la Gran Luna!]

Contrariamente a lo que esperaban, que Seolrang se echara atrás, ella declaró con confianza su intención como si fuera una decisión definitiva.

Los demás miembros de la organización se quedaron estupefactos.

Yutia cerró los ojos brevemente, como si intentara recuperar el control de su expresión, luego los abrió y preguntó:



[Seolrang, ¿entiendes lo que estás diciendo ahora mismo?]

[¡Por supuesto que sí! Vamos a formar una familia. ¡Estoy segura de que lo haré bien!]

Yutia volvió a cerrar los ojos, como si se sintiera mareada, y luego los abrió lentamente.

Con una leve sonrisa, como si intentara calmar a un niño, habló en voz baja.

[Aunque tengas confianza, eso es imposible].

[¿Por qué?]

[Porque somos las sombras de la Gran Luna].

[...?? ¿No podemos casarnos y seguir siendo sombras?]

El rostro de Seolrang no mostraba ningún signo de estar convencido, sino que preguntaba: ¿qué más da?

Una grieta se formó en la leve sonrisa que había vuelto al rostro de Yutia.

Escucha con atención, Seolrang. Somos las sombras de la Gran Luna. Las sombras no pueden permanecer al lado de su amo. ¿Entiendes lo que te digo?

El rostro de Yutia, en el que todos los presentes podían ver un sutil pero claro atisbo de ira, hizo pensar a los demás miembros que esta conversación finalmente llegaría a su fin.



[...]

Seolrang, que esta vez parecía sentir las emociones de Yutia con mayor claridad, retrocedió un poco.

Pero entonces, como si reuniera su determinación, parpadeó y respondió:

[¡Aun así! ¡Me voy a casar!]

Incluso después de que la creciente irritación de Yutia se hiciera evidente, la firme declaración de Seolrang dejó a los miembros momentáneamente atónitos.

«¡Lo sé! De todos modos, lo más importante es lo que piense la Gran Luna!».

Los miembros de la organización no pudieron evitar quedarse boquiabiertos ante la situación, ya que Seolrang estaba declarando abiertamente la guerra a Yutia.

Mientras Yutia y Seolrang se miraban fijamente con intensidad, Rine y Radan tenían una sola pregunta en mente.

¿Qué había pasado exactamente entre Seolrang y la Gran Luna para que ella actuara así?

«¿De verdad crees que esa persona te elegirá?».

«¡El maestro dijo que no estoy tan mal!».



Por supuesto, Alon no lo dijo sinceramente, sino solo para consolarla cuando Seolrang se quejaba y preguntaba si no le caía bien.

Sin embargo, al sacar de contexto solo esa parte de la conversación, Rine y Radan reaccionaron.

«¿Qué, qué has dicho...?»

Justo cuando Yutia estaba a punto de recibir el golpe de la sorpresa.

«¿Qué pasó exactamente entre tú y esa persona, Seolrang?», preguntó Deus, intentando cambiar de tema.

«Bueno», comenzó Seolrang a relatar sus interacciones con la Gran Luna, cambiando lentamente el ambiente a uno de calma.

Al ver que Deus había logrado calmar la tensa situación, Rine y Radan intercambiaron miradas de satisfacción.

«... Y eso es lo que pasó».

«Ya veo».

«¿Y qué? ¿No es increíble?»

«En efecto. Mmm... Al escuchar tu historia, de repente me acuerdo de la majestuosidad que mostró la Gran Luna en el norte hace medio año».



[[...!]]

Cuando la historia de Seolrang llegó a su fin, tras unos veinte minutos, tanto Rine como Radan mostraron expresiones de pesar.

Deus, aprovechando el momento de descuido, volvió a centrar la conversación en los acontecimientos de hacía medio año.

Configuración de privacidad

Así de fácil.

«... Todavía lo recuerdo vívidamente, la figura de esa persona, de pie contra la puesta de sol en la tierra cenicienta y árida».

«¡Oh! ¡Sé exactamente a qué te refieres!».

[[Ah.]]

Antes de que Rine y Radan pudieran cambiar de tema, vieron a Seolrang asintiendo con entusiasmo, como si hubiera estado esperando este tema, y sus rostros se ensombrecieron.

Dos horas más tarde.

«Hmph... ha sido una historia bastante larga».



Como esperaban, la historia de Deus había llegado finalmente a su fin, y tanto Rine como Radan sintieron una sensación de alivio, pensando que la reunión había terminado por fin.

«¡De todos modos, no puedes casarte con esa persona!».

«¡Sí que puedo!».

«¡No puedes!».

«¡Sí que puedo!».

«¡No puedes!»

«¡¡¡SÍ QUE PUEDO!!!»

[[...]].

Con la discusión entre Yutia y Seolrang reavivándose una vez más como si nada, tanto Rine como Radan grabaron una nueva idea en sus mentes ese día.

Yutia muestra un lado sorprendentemente infantil cada vez que se trata de la Gran Luna, aunque sea solo un poco.

No era exactamente el tipo de información que querían saber, pensaron Rine y Radan mientras contemplaban el cielo, que ya había comenzado a clarear.



Aproximadamente una semana después, Alon finalmente logró escapar del desierto.

«¡Entonces volveré a visitarlo la próxima vez, conde!».

Rad, el líder del Gremio de Comerciantes del Cabello Dorado, se inclinó tan profundamente que parecía un simple sirviente.

Sin embargo, ninguno de los comerciantes, mercenarios o incluso magos presentes cuestionó el comportamiento de Rad.

Todos eran conscientes de la creciente fama del conde Palatio de la colonia y, entre ellos, los magos y mercenarios habían sido testigos directos del poder del conde.

«Nos veremos cuando el destino lo permita».

«¡Muchas gracias!»

Mientras Rad se inclinaba en un ángulo de 110 grados y comenzaba a preparar al gremio mercantil para la partida, alguien habló.

«Conde».

Justo cuando el conde estaba a punto de subir al carruaje, una voz lo llamó. No era otra que Liyan, la hija del maestro de la Torre del Mago Rojo.



«¿Qué pasa?», preguntó él.

«¿Tienes pensado asistir a la conferencia de magia del mes que viene?».

«Mmm».

Alon chasqueó la lengua, con el rostro impasible.

«Una conferencia sobre magia, eh...».

Una conferencia sobre magia.

Se trataba básicamente de un evento en el que los magos de las distintas torres se reunían una o dos veces al año para debatir las teorías y los experimentos de sus investigaciones y participar en competiciones amistosas.

«Sí que quiero ir».

De hecho, Alon llevaba tiempo queriendo asistir a la conferencia de magia.

Más concretamente, no le interesaban tanto los materiales de investigación de la conferencia como la «Torre Central» donde se celebraba.

Había algo en ese lugar que podía aliviar la grave escasez de poder mágico de Alon, al menos hasta cierto punto.



Desafortunadamente, la política de la Torre Central de Magos exigía estar afiliado a una torre para poder entrar, por lo que Alon respondió:

«Me gustaría asistir, pero parece que no podré».

«¿Eh? ¿Por qué no?», preguntó Liyan.

«Porque no estoy afiliado a ninguna torre de magos».

Liyan pareció ligeramente sorprendido por las palabras de Alon.

«... Entonces, ¿es cierto que no estás asociado con ninguna torre?».

«Así es. No tengo motivos para mentir sobre eso».

«Entonces, ¿te gustaría participar en la conferencia como miembro de nuestra Torre de Magos Rojos?».

«¿Como miembro de la Torre de los Magos Rojos...?»

«Sí».

Alon consideró la inesperada propuesta durante un momento antes de responder:

«Bueno, sin duda es una buena oportunidad para mí, pero no creo que pueda hacer mucho simplemente asistiendo en nombre de la Torre de los Magos Rojos».



«No espero nada a cambio. Al igual que la última vez, me bastaría con que pudiéramos debatir juntos sobre temas relacionados con la magia durante la conferencia», dijo Liyan, mirando sutilmente a Alon.

«De acuerdo, es un trato bastante bueno», pensó Alon.

Aunque se preguntó brevemente por qué Liyan le ofrecía unas condiciones tan favorables, no encontró ninguna razón para rechazarlo, así que asintió con la cabeza.

«Entonces aceptaré con gratitud su oferta. ¿Cuándo debo ir allí?».

«Creo que queda aproximadamente un mes y medio, pero te enviaré el calendario exacto por carta o por esfera mágica».

«Entendido».

Con eso, la conversación concluyó.

«Hasta entonces».

Alon se despidió de los magos de la Torre de los Magos Rojos y comenzó a reunir provisiones en el primer pueblo que encontró tras cruzar el desierto, preparándose para regresar a su territorio.

Configuración de privacidad



—¡Ah, conde! —exclamó Evan de repente, como si acabara de recordar algo, y le dio dos noticias.

«¿Qué pasa?».

«Bueno, se trata de Rine».

«¿Y?».

«He oído que se ha convertido en una figura poderosa en Lartania».

«¿Una figura poderosa?».

«Sí. Por lo que he oído, se ha convertido en una de las miembros del consejo del Triunvirato».

«El Triunvirato... Es el grupo responsable del gobierno general de la Ciudad Laberinto, ¿no?».

«Así es».

«... ¿Rine?».

«Sí».

«Sin duda está ascendiendo en la vida».



La primera noticia fue que Rine había ascendido al poder en Lartania, una agradable noticia que podría reportarles algunos beneficios.

«Y Radan...».

«¿Sí?»

«Parece que ha unificado cinco de los Siete Archipiélagos y se ha convertido, en esencia, en el Rey de los Piratas».

«Mmm, ¿eso es algo bueno?».

«No estoy seguro de si es bueno o no... pero su recompensa ya ha superado los varios millones de monedas de oro».

«... ¿Varios millones de monedas de oro...?»

«Sí, al parecer, es comparable a la recompensa por el Rey Pirata original».

«...»

La segunda noticia era que Radan había pasado de ser un pirata a convertirse en el Rey Pirata del Archipiélago Somalí, un giro bastante extraño de los acontecimientos.



Sergio, uno de los ocho cardenales de Rosario, había ocupado su cargo durante más de veinte años. Era un hombre que disfrutaba del lujo y los placeres, muy alejado del papel que debía desempeñar un cardenal.

Le importaba más una botella de vino que leer las Escrituras, y valoraba más abrazar a una mujer que rezar; fácilmente podía considerarse un cáncer dentro de la Santa Nación.

«Es un placer verle, cardenal Yutia».

«Igualmente, cardenal Sergio».

Yutia Bloodia sonrió levemente mientras se sentaba frente a Sergio.

En realidad, Sergius no era lo suficientemente cercano a Yutia como para merecer una reunión cara a cara como esta.

De hecho, esta era solo la segunda vez que veía su rostro.

Aun así, había una razón por la que Sergius la había buscado.

«He venido a hacerte una oferta. ¿Te importaría escucharla?».

Esa era la razón.

«¿Qué tipo de oferta?».

«Para ser franco, necesito un «nombre»».



«¿Un nombre?».

Sergius asintió con la cabeza en respuesta a la pregunta de Yutia y respondió.

«Sí, parece que hay quienes están aliados con elementos impuros en ese lado».

«Quieres usar mi nombre para una «carta de conversión», ¿verdad?».

«Exactamente».

Una carta de conversión: era una carta especial que solo los altos mandos de Rosario, concretamente los cardenales o superiores, podían enviar. Se enviaba cuando se sospechaba que alguien se había aliado con herejes. Para escribir una carta de este tipo, se requería la aprobación de al menos dos cardenales.

Configuración de privacidad

Sin embargo, Sergio no tenía intención alguna de enviar la carta de conversión para su propósito original.

La verdadera razón era que había aceptado un soborno, y la razón por la que ahora le hacía esta petición a Yutia, a quien ni siquiera había conocido antes, era...

«Si me prestas tu nombre, me aseguraré de que recibas una recompensa adecuada».

«¿Recompensa, dices?».



«Me abstendré de decir nada sobre la sospechosa muerte del cardenal Biantrea. ¿Qué le parece?».

A diferencia de los otros cardenales, con quienes tendría que compartir el soborno, Sergio creía que Yutia sería alguien con quien no tendría que repartir el pago. Esta confianza provenía del hecho de que...

—¿Cardenal Biantrea? —preguntó Yutia.

—Supongo que no vas a alegar ignorancia, teniendo en cuenta la posición en la que te encuentras.

Había reunido suficiente información para estar seguro de que ella, al igual que él y los demás cardenales, ya había sido corrompida.

«Así que no compliquemos las cosas. Si prestas tu nombre para la carta de conversión relativa al conde Palatio, guardaré silencio sobre este asunto».

Confiado en su enfoque pausado, Sergio estaba listo para concluir la conversación.

«... Ya veo».

La suave sonrisa que había adornado el rostro de Yutia momentos antes se desvaneció, y ella planteó otra pregunta.

«Entonces, lo que está diciendo, cardenal Sergio, es que quiere que le preste mi nombre».



Traducción : Leo

La mujer, que hacía unos instantes sonreía cálidamente, ahora lo miraba con ojos de un intenso color carmesí.





«¿Me acaba de decir...?»

Cualquiera podía ver la ira inconfundible que irradiaba.

«¿Vas a matar a mi Dios?».

Fue en ese momento cuando Sergio se dio cuenta de que algo había salido terriblemente mal.

